

1. Introducción

JOSÉ GÓMEZ CAFFARENA

Instituto de Filosofía, CSIC

La preparación del presente número de Isegoría, cuya parte monográfica trata sobre *Ética y Filosofía de la Religión*, ha tenido una afortunada coincidencia con la firma, el 4 de septiembre de 1993, del manifiesto *Principios de una ética mundial* por el «Parlamento de las religiones del mundo», que reunió en Chicago a unos 6.500 participantes. (Cuya convocatoria era conmemorativa de una primera asamblea del mismo nombre tenida allí mismo un siglo antes por iniciativa del presbiteriano J.H. Barrows, que reunió a miembros de 45 religiones y constituyó un evento importante aunque no llegó a un escrito conclusivo.)

Nos ha parecido que el texto constituye un *documento* cuya publicación cuadra muy bien con el propósito del número. Es algo único en su género y sumamente actual; que resulta muy informativo de la relación de lo ético y lo religioso tal cual es vista por miembros destacados de un número muy importante de religiones. Como complemento aclaratorio de los problemas de la redacción del documento y de algunos de sus matices, nos ha parecido también de gran valor, e incluso imprescindible, el comentario autorizado del profesor de Tübinga Hans Küng, decisivo en la realización de la iniciativa y principal autor del texto base.*

No es menester razonar largamente la atención que merece el manifiesto y el hecho de su aprobación. Cualquier pensamiento ético actual que quiera ser realista debe contar con el hecho de que las religiones, sobre todo las de implantación mundial, siguen teniendo un peso muy grande en la configuración del *ethos* de una parte muy importante, mayoritaria incluso, de la Humanidad. La Filosofía de la Religión, aun reservándose íntegro

* Tanto el texto del manifiesto como el escrito de H. Küng —y otro de K.J. Kuschel— serán publicados en el libro *Hacia una Ética mundial* (Madrid, Trotta).

el derecho a su crítica, debe aceptar lo que hay de dato en la autocomprensión por las religiones de su dimensión ética.

Desafortunadamente, lo más visible hacia fuera de las éticas religiosas ofrece un espectáculo poco estimulante: grandes divergencias que, al ir sobrecargadas de fundamentalismo, generan graves antagonismos. De ahí tiende a surgir un juicio negativo sobre la aportación de las religiones a la ética; hasta el de quien las ve más bien como obstáculo al progreso ético de la Humanidad. Algo muy grave en el momento en que la Humanidad ha alcanzado por primera vez en su historia intercomunicación e interdependencia a «escala planetaria» y tiene al mismo tiempo planteados gravísimos problemas de supervivencia.

Ello hace relevante el acontecimiento del pasado otoño. La declaración de convergencia ética, firmada por 150 personas cualificadas de mundos religiosos entre sí a veces antagónicos, podría ser el anuncio de un cambio de gran trascendencia. No es, por lo pronto, sino un comienzo que podría quedar en papel mojado. Pero es un primer paso al que podrían seguir otros muchos. Y tiene el especial valor de no ser mera declaración de intenciones sino, ante todo, *constatación de una convergencia ya existente* en las tradiciones religiosas. Para serlo, ha tenido, obviamente, que ser convergencia *en mínimos*. Pero de grandes consecuencias. Pues la profundización de la convergencia expresada está pidiendo lógicamente la eliminación o disminución de bastantes de las inhumanidades que aún se dan en las diversas prácticas morales religiosas.

Y esos mínimos éticos se suponen, según el deseo y la invitación de los firmantes, también asumibles —con las matizaciones que procedan— no sólo por los miembros de las varias tradiciones religiosas, sino por todos los humanos, sean las que fueren sus convicciones, o ausencia de las mismas, respecto a lo religioso. Esto es un rasgo positivo; no debería verse como voluntad de asumir liderazgo, sino como conciencia de universal afinidad humanista, estimulante y esperanzadora.